

En Paretonio, en la costa de África, Antonio y Cleopatra se habían separado. Para prevenir un levantamiento, la reina se presentó en Alejandría con sus navíos coronados de laurel, como si volviera de un triunfo; pero así que entró en palacio ordenó la muerte de todos los que le eran sospechosos, relleno sus tesoros con los bienes de sus víctimas, se incautó de las riquezas de los templos, y con la mira de obtener alguna asistencia de los medos, les envió la cabeza del rey de Armenia, que tenía cautivo desde la traición de Antonio.

En cuanto á éste, al principio había andado errante como un insensato por las soledades inmediatas á Paretonio, y á la noticia de la defección de Pinario Escarpo, que mandaba por él un ejército en aquellas regiones, estuvo para suicidarse. Sus amigos lo llevaron á Alejandría, adonde luego fué Canidio á darle cuenta de la suerte de sus legiones en el promontorio accio. Todos los príncipes de Asia fueron abandonándolo, y á las mismas puertas de Egipto, Herodes, rey de los judíos, hizo traición á su causa. Sólo algunos gladiadores que mantenía en Cícico le permanecieron fieles: éstos atravesaron toda el Asia, y no se rindieron sino á consecuencia del falso rumor que cundió sobre la muerte de su amo.

Faltándole todo, comenzó Cleopatra á enviar por el istmo de Suez sus barcos y tesoros para refugiarse en un país lejano; pero habiendo apresado los árabes los primeros barcos, hubo de renunciar la reina á sus designios. Pensaron entonces de consuno los amantes en trasladarse á España, esperando que con sus tesoros sería obra fácil sublevar aquella provincia; pero al fin hubieron de abandonar también este insensato proyecto.

Fatigado de formar irrealizables designios, no quiso Antonio ya ver á nadie y se encerró en una torre que se hizo construir al extremo de un muelle. «Quiero, dijo, quiero vivir ahora como Timón.» Era ya muy tarde para filosofar. Ni pudo tampoco sostener mucho este papel; y para acabar como había vivido, en las orgías, volvió al lado de Cleopatra, fundando con ella otra nueva sociedad, la de los *inseparables en la muerte*. Los que la formaban debían pasar los días en fiestas y festines y liviandades y morir juntos.

Cleopatra se dió entonces al estudio de la toxicología: recogía todos los venenos conocidos y observaba sus efectos en personas vivas; después hubo de observar los animales venenosos, y se fijó en el áspid, que, según ella misma había visto, daba una muerte dulce y no descomponía ni afeaba el semblante.

Sin embargo, así la una como el otro, conservaban aún vagas esperanzas, y solicitaron del vencedor, Antonio autorización para retirarse á Atenas, donde viviría como simple particular, y Cleopatra la sucesión de sus hijos á la corona de Egipto. Los mismos diputados llevaron ambos mensajes; pero en secreto, la reina hizo ofrecer á Octavio un cetro, una corona y un trono real.

El joven César contestó con dos cartas á este pensamiento de traición: la una pública en que le ordenaba entregar las armas y el poder; la otra secreta, en que le garantizaba el perdón y la corona, si expulsaba á Antonio ó le enviaba su cabeza. Al mismo tiempo le enviaba un liberto, el cual según las secretas instrucciones que llevaba, debía mantener las esperanzas de la reina con falsas promesas, conservando así para el triunfo del vencedor de Accio su principal ornamento.

Cleopatra recordó con cierta vanidad que, muy joven aún, había vencido á César, y más tarde á Antonio, y se dió á pensar que Octavio más joven que el uno y el otro, podría muy bien ser menos prudente. Tenía, sin embargo, enton-

ces la reina treinta y nueve años; pero su belleza, con ser positiva, había sido siempre menos temible que su genio y su gracia. El héroe había tenido debilidades, el soldado vicios, y los dos sucumbieron. ¿Había de permanecer frío é insensible el político?

Antonio pasó por la vergüenza de pedir dos veces la vida, y para ablandar á Octavio le envió á su hijo Antilo (1) y le entregó la persona del senador Turulio, uno de los asesinos de César. Octavio no contestaba y seguía avanzando; y muy luego se halló á las puertas de Pelusio, que Cleopatra le abrió.

A este ruido de armas que se acercaba, se despertó Antonio al parecer; hizo preparativos de defensa, corrió á Libia con la idea de seducir á los soldados que Octavio había enviado allí, y volvió á Alejandría, amenazada ya por su rival. En un combate de caballería en que mostró otra vez su antigua bravura, puso en fuga á su enemigo.

Pero Cleopatra le hacía ya traición: encerrada con todas sus riquezas en una alta torre, que había hecho construir para que le sirviera de sepulcro, esperaba el éxito de la contienda. Sus ministros, sus tropas, parecían cooperar á la defensa de la plaza; pero en realidad, no podía contar Antonio más que con el escaso número de legionarios que había reunido. En su despecho retó á Octavio á un combate singular: Octavio se sonrió y se limitó á contestar que Antonio tenía más de un camino para ir á la muerte.

Con todo eso, alentado por el éxito de su carga de caballería, se decidió á dar Antonio un doble combate por tierra y por mar. Pero en cuanto las galeras egipcias estuvieron cerca de las de Octavio, las saludaron con sus remos y se pasaron á ellas: en tierra lo abandonó igualmente la caballería, y con esto fué batida su infantería sin grande esfuerzo. Entonces volvió á la ciudad exclamando con desesperación que lo había traicionado Cleopatra.

Refugiada la reina en su torre mandó cerrar los rastrillos y asegurar la puerta con palancas y barrotes, mientras hacía llevar á Antonio la falsa noticia de su muerte. Habíanse prometido los amantes no sobrevivir el uno al otro y Antonio mandó á su esclavo Ero darle el golpe mortal. El esclavo, sin decir palabra, saca su espada, se hiere á sí mismo y cae muerto á los pies de su patrono. «¡Bravo Ero! exclama entonces Antonio; tú me enseñas lo que debo hacer.» Y despojándose de su coraza, se dió muerte á su vez.

En cuanto Cleopatra lo supo, quiso tener su cadáver para entregárselo ella misma al vencedor como rescate suyo, y Antonio ensangrentado y todo fué conducido al pie de la torre. La reina no abrió la puerta, pero desde una ventana echó cuerdas abajo y con ayuda de dos mujeres que la acompañaban en su encierro, lo subieron no sin dificultad. Apenas lo tendieron en un lecho, le pidió Antonio vino y expiró. ¡Digno fin de aquel hombre, que no tuvo más que el alma de un soldado!

Entretanto había entrado Octavio en Alejandría, y muy luego encargó á Proculeyo, uno de sus oficiales, de ir á sorprender á la reina para evitar que se diera muerte y prendiera fuego á sus riquezas, como era de temer, si se forzaba su retiro. Proculeyo cumplió á pedir de boca su misión: mientras Cleopatra parlamentaba con Galo á través de la bien cerrada puerta, ingenióse el otro para pasar sutilmente por la ventana que diera entrada á Antonio, y bajando atentadamente la cogió de sorpresa y le arrancó el puñal con que hizo amago de herirse.

Al principio quiso dejarse morir de hambre; pero Octavio

(1) Este Antilo, hijo de Antonio y Cleopatra, fué degollado después de la muerte de su padre.

la obligó á desistir de este designio haciéndole temer por sus hijos: después la tranquilizó, y para darle apego á la vida, le prometió una suerte brillante todavía.

Con esto se dejó llevar á su palacio, volvió á usar las insignias reales y recibió todos los honores y miramientos debidos á su excelsa jerarquía; pero sujeta, eso sí, á estrecha vigilancia. El mismo Octavio pasó á visitarla un día, y este día, sólo se rodeó Cleopatra de recuerdos de César, como para refugiarse en el amor que el héroe le había tenido, contra el odio ó prevención de su hijo adoptivo. La real cámara estaba exornada de bustos y estatuas del dictador; las cartas que le había escrito estaban allí extendidas á su alrededor y se las mostraba á Octavio con orgullo y complacencia. Mucho tiempo estuvo hablando de la gloria de su padre, del poder que él mismo había ganado, del que ella había perdido, y con lágrimas en los ojos exclamaba: «¡Y ahora, oh César! ¿de qué me sirven tus cartas ni tus gloriosos recuerdos? Pero revives en tu hijo ¿no es verdad?»

Cada palabra, cada actitud, cada gesto estaban calculados para excitar la piedad ó acaso un sentimiento más dulce en el ánimo de Octavio. ¡Y había en su voz y en sus palabras tal seducción, y bajo su luctuoso traje tal y tanta gracia en toda su persona!...

Octavio la escuchaba en silencio y con la vista baja, sin duda para defenderse contra ella. Luego se levantó. «Ten buen ánimo, oh reina,» le dijo. Pidióle después un estado de sus tesoros y partió.

Cleopatra se quedó aterrada bajo la impresión de tan fría respuesta: la mujer, como la reina, estaba vencida. Muy luego supo de boca de un joven noble que había ganado (Cornelio Dolabela) que dentro de tres días partiría para Roma. Esta mala noticia la decidió. «No, no, repetía sordamente, no arrastraré á Cleopatra detrás de su carro triunfal. *Non triumphabor!*» El día siguiente se la encontró muerta en un lecho de oro, vestida con su traje é insignias reales y sus dos esclavas, muertas igualmente á sus pies (1) (15 agosto 30).

Se ignoró cómo se había dado muerte; pero llevando Oc-

tavio en su triunfo la estatua de Cleopatra con una serpiente al brazo, hubo de confirmar el rumor de haberse hecho picar por un áspid, que un campesino le había llevado oculto entre flores ó frutas. El Egipto fué reducido á provincia romana.

Hacía ya veinte años que había perecido la república, y el imperio no había nacido aún. Los tiempos en que las bases que sostenían la antigua sociedad se han derrumbado y que los fundamentos del orden nuevo no salen aún del suelo, agitado por las revoluciones, son las épocas más dolorosas que la humanidad atraviesa. La muerte de Antonio daba fin á aquella era de transformación y libraba á las almas del peso inmenso de la incertidumbre. Prolongadas y sinceras aclamaciones saludaron la victoria de Octavio, y Virgilio y Horacio, con sus versos inmortales se hicieron eco de la esperanza universal. Tenían mucha razón. Era que la paz llegaba, en fin, é iba á sembrar alrededor de sí la riqueza para los más, el bienestar para muchos; era que iban á escribirse las leyes más sabias, y á difundirse creencias más puras; era, en fin, que el mundo iba á transformarse (2).

Pero estas creencias y estas leyes, ¿traerán las viriles costumbres de los antiguos tiempos?

En lugar de los ciudadanos, á quienes se despoja y que han merecido su suerte, ¿se formarán hombres capaces de recobrar por medio del trabajo, la disciplina voluntaria y la inteligencia política, todos los derechos que han perdido?

O bien, si la libertad no ha de volver, esas multitudes que no tendrán ya más que una voluntad, la voluntad del príncipe, ¿podrán organizarse, á lo menos, en un cuerpo vigoroso, capaz de una larga existencia?

Y puesto que vamos á tener un imperio, en lugar de una ciudad, ¿veremos que una gran nación venga á reemplazar los dos funestos elementos que hicieron perecer á la república; la oligarquía que acaba de caer herida de muerte, y el populacho que considera como cosa suya la victoria de César y de Octavio?

La historia de Augusto y de sus sucesores nos lo dirá muy en breve.

CAPÍTULO LXII

LAS PROVINCIAS ROMANAS HACIA LOS TIEMPOS DE LA FUNDACION DEL IMPERIO

I. — LO QUE DEBIA SER LA OBRA DEL IMPERIO.

En la naturaleza nada se pierde, nada se crea, y todo cambia según leyes inmutables. En el mundo de la historia, que es el de la vida y la libertad, todo se transforma lentamente, cuando la sabiduría conduce á los pueblos; con violencia, cuando la pasión los arrastra. Pero jamás las transformaciones duraderas son producto del capricho; su sucesión es siempre una relación de causa y efecto. El encanto y la utilidad de la historia son en este estudio causas que modifican sin cesar la vida de las naciones.

(1) Plut. *Anton.* 84, 95, Dion, LI, 10-14; Tito Livio, fr. CXXXIII. Octavio hizo dar muerte á Cesarión, que tenía á la sazón diez y ocho años y le fué entregado por su preceptor, á quien Cleopatra había dado, con grandes tesoros, la comisión de conducirlo á Etiopía ó á la India. En 1830 se encontraron en los cimientos de una vieja torre búdica, á la orilla izquierda del Indo, monedas de Marco Antonio y de Kanichka, rey de Bactriana y de parte de la India, que Virgilio da por aliado del

Hemos visto, en el curso de nuestra narración, obrar las fuerzas de destrucción por espacio de un siglo; ahora que Roma republicana acaba en una pavorosa tormenta, vamos á ver obrar las fuerzas de renovación. Hasta ahora habíamos quedado en medio de los vencedores en Roma y en los campamentos de las legiones; es preciso ir ahora á los vencidos. El imperio está hecho: visitemos el dominio legado por la república al emperador.

Con excelentes miras sobre el gobierno de las provincias el senado se había mostrado incapaz de garantizar lo que los soberanos deben á sus súbditos: la seguridad. Este cuidado

triumviro... *et ultima secum Bactra vehit*. Antonio tenía relaciones con este poderoso rey, que era enemigo natural de los partos en Oriente, como los romanos lo eran en el Occidente. Allí, sin duda, enviaba Cleopatra á su hijo (Reinaud, *Relations de l'empire romain avec l'Asie orientale*).

(2) *Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.*
(Virg. *Bucol.* IV, 5.)

será el de los emperadores, á lo menos de aquellos que sean dignos de su título. Antes de seguirlos en este inmenso trabajo, hay que ver de cerca esas poblaciones que muy luego darán á Roma gramáticos, retóricos, juriscónsultos, poetas, y al Estado sus jefes más gloriosos. Leyendo la trágica historia de aquella república asaltada por todas partes, vacilante, arruinada, en fin, y hundida, se olvidan fácilmente esas multitudes á que los romanos á su vez acababan de dar el espectáculo de innumerables é ilustres gladiadores degollándose en un circo inmenso. Ahora que ha caído el viejo edificio que abrigó al principio tantas virtudes, como vicios después, se tropezará á cada paso en sus despojos: en tiempo de Vespasiano, de Trajano, más tarde aún, se hablará de república, de senado, de pueblo romano, y en toda la historia del imperio, muchos no han querido ver más que las protestas de la libertad y las venganzas del despotismo; pero recordando que las palabras duran más tiempo que las cosas que expresan, no se dará importancia á esos pesares aparentes y se apartará la vista de las sangrientas ó repugnantes escenas del palacio ó de la curia para ver sólo surgir poco á poco un mundo nuevo y extenderse por encima de tales ruinas y recuerdos.

Estos hombres y estas cosas del porvenir son los provinciales que van á arrancar á Italia sus antiguos privilegios, á propagar en todo el Occidente bárbaro la civilización greco-latina y á dar á cien millones de hombres, por autoridad de emperadores nacidos en Sevilla, en Lion y en Leptis, leyes á que ha de darse el nombre de razón escrita. Va á formarse también una nueva religión para esta sociedad nueva; del Jehovah mosaico, Señor implacable y celoso de una raza privilegiada, va á hacer Jesus el Dios universal de los pobres y de los afligidos: de suerte que al mismo tiempo que los emperadores pongan en la ley civil el principio del derecho individual que aísla, el cristianismo trabajará por poner en los corazones el sentimiento de la fraternidad que une; dos grandes ideas de la época imperial, que la Europa moderna ha encontrado bajo las ruinas de la Edad media con la obligación de reunir las y hacer que prevalezcan al fin en las costumbres.

Para medir esta marcha de las provincias hacia la igualdad de derechos, de civilización, de riqueza, y más tarde de religión, conviene marcar claramente el punto de que cada una de ellas ha partido. Así se juzgará mejor la obra de los emperadores; se verá bien si supieron hacer con sus instituciones en provecho del Estado lo que el cristianismo hizo con sus doctrinas en provecho de la Iglesia; en fin, tomando las palabras de Bossuet, si «va á nacer un nuevo pueblo de todas las naciones encerradas en el recinto del imperio.»

El imperio de Roma, ó como dicen sus historiadores y legistas, el *universo romano*, era bastante extenso, cuando Augusto vino á regirlo, para que los pueblos, súbditos ó enemigos, que pertenecen á su historia representaran casi todas las razas de hombres del antiguo continente.

Los iberos, puros de toda mezcla, estaban establecidos entre el Garona y el Ebro superior, y se mezclaron luego con los fenicios en la Bética y con los galos en la embocadura del Tajo y en la Celtiberia.

Los celtas ocupaban la Gran Bretaña, la Galia, menos la Aquitania y parte de la Narbonense, la alta Italia, los Alpes, muchos países de la orilla derecha del Danubio y algunas comarcas del Asia Menor (Galacia).

Los germanos y los eslavos ó sármatas se repartían la vasta llanura que se extiende desde el Océano del Norte hasta el mar Caspio.

Las poblaciones griegas y latinas ocupaban el centro del

imperio; las unas miraban al Oriente, como si obedecieran aun al impulso de Alejandro; las otras al Occidente, donde propagaban las costumbres y la lengua de Roma.

Al Sur, los pueblos semíticos cubrían toda la costa africana del Mediterráneo con las denominaciones de moros, nómadas y fenicios. En Egipto se habían mezclado con la raza etiópica, como en Armenia con la raza aria, y les pertenecía toda la península arábiga con la Palestina: en Siria se habían helenizado.

A espaldas de ellos dominaban los pueblos del zenda, más lejos los del sanscrito ó indo, y al extremo del Oriente, los seres ó seros.

Todos estos pueblos, menos los dos últimos, son ó van á ser los súbditos, los enemigos ó aliados del imperio. Los germanos han comenzado ya esta guerra que durará cuatro siglos; los partos conservan aún los estandartes de Craso; muy pronto enviará la India sus diputados á Augusto; en tiempo de los Antoninos verán los seres llegar á su país comerciantes romanos y sus historiadores no conocerán entonces más que dos imperios en la tierra, el del Centro y el de Occidente (1).

No tenemos que hablar de los seros ni de los indostanos: con los primeros sólo tuvo el imperio muy raras inteligencias, de que no quedan indicios; con los segundos, sus relaciones de comercio fueron muy activas, pero los antiguos escritores, que no se curaban de economía social, no han conservado ningún recuerdo.

No podrían valer las mismas razones respecto de los partos y germanos, los cuales han de figurar mucho en esta historia; pero lo que quisiéramos estudiar más particularmente es el estado de las provincias romanas; pues para apreciar los resultados de la fundación del imperio importa demostrar que desde el cántabro, fiero y libre en sus montañas, hasta el griego de Antioquía ó de Efeso, servil y afeinado, había en aquellos pueblos todos los grados por los cuales se pasa de la más grosera barbarie á la civilización más completa y refinada, con mucha diversidad de lenguas, de costumbres y de carácter.

Con todo eso, era preciso aproximar estos pueblos para darles por medio de la unión la fuerza necesaria para resistir á las tribus del Norte, hasta tanto que el imperio hubiera acabado su obra. Más allá del Rin y del Danubio rugían hordas numerosas y amenazadoras, á quienes los cimbro y los suevos habían enseñado el camino de los países del sol, del vino y del oro. Con una mano detúvulos el imperio, y con otra, cubrió de caminos, de acueductos y de ciudades florecientes el suelo de las provincias, ahuyentando de ellas la guerra y manteniendo la paz por espacio de dos siglos y medio; hizo que penetrara en ellas su lengua y su espíritu, sus leyes y su culto; y cuando cedió el dique, la onda invasora hubo de encontrar tantos obstáculos, que no pudo arrastrarlo todo.

La civilización antigua, es decir la nuestra, después de haber reinado sobre cien millones de hombres, después de haber arraigado por sus creencias en el corazón de los pueblos, como por sus monumentos en el suelo que los soste-

(1) Es de notar que en la segunda mitad del siglo que precede á la era cristiana, casi todo el antiguo continente se hallaba dividido en cuatro ó cinco grandes sistemas políticos: al Sur Vikramaditya había reunido la mayor parte de la península india; al Este el imperio chino, bajo la dinastía Han, había obligado á los jefes de las tribus del Asia interior á reconocer su supremacía, y aun los príncipes de la Transoxiana solían prestarle homenaje. Todo el Occidente estaba ocupado por el imperio romano; en el centro, entre el Caspio y el Océano Indico, dominaba la monarquía de los partos; en fin á espaldas de éstos, en la Bactriana y el valle del Indo, reinaban poderosos príncipes, que entraron en relaciones con los romanos.

nía, ha tardado, sin embargo, diez siglos en salir de las ruinas. ¿Qué hubiera sido si la invasión no hubiera encontrado en su camino más que barbarie, fuera de Atenas, Roma y Alejandría? Extinguidos estos tres focos ¿qué oscuridad no hubiera envuelto el mundo!

II. — PROVINCIAS DEL OESTE Y DEL NORTE.

España. — Dos grandes razas habían poblado á España, los iberos y los celtas. Estos, los últimos que llegaron, hubieron de ocupar todo el Norte y el Oeste, menos el país vasco, y los otros el Sur y el Este. En el centro quedaron mezcladas las dos razas y este cruzamiento aprovechó á las tribus derivadas de ellas: los celtíberos son los héroes de la antigua España. Establecidos en las tierras altas de que descienden el Duero, el Tajo y el Guadiana, dominaban las comunicaciones entre las dos vertientes de la península, y como defendieron su independencia contra Roma por espacio de tres cuartos de siglo, España conservó su libertad durante este período de setenta años. Numancia era una de sus ciudades.

Al pie de sus montañas se detuvo mucho tiempo la civilización traída por los griegos á las costas de Cataluña y de Valencia, y por los fenicios y cartagineses á las de Murcia y Andalucía. Los iberos meridionales hubieron de dejarse penetrar por esta influencia de las colonias extranjeras que poco á poco suavizó sus costumbres y desarmó su fiera. Los túrdulos y los turdetanos ostentaban con orgullo libros de historia, poemas y leyes escritas en verso hacia *seis mil años*, decían ellos (1). Pero los romanos, desdenosos de esta literatura que no tenía el mérito de haber nacido á orillas del Iliso ó del Meandro, condenaban estos gustos pacíficos, como causa de molición y de flaqueza: *Turdetani... maxime imbelles*. Las dominaciones se hundían, las religiones cambian, los pueblos se transforman y ciertos usos duran á través de los siglos. Estrabón vió en la cabeza de las mujeres de la Bética el ligero paño ó pañuelo que da tanta gracia á las hijas de Andalucía.

Al Sur de Sierra Morena (*Castulonensis altus*) contaba numerosas ciudades y aceptaba las costumbres de Roma tan fácilmente como había tomado las de las colonias fenicias. Gracias á la paz que daré el imperio, iba á aprovechar las riquezas de un país al cual no había negado nada el cielo: la dulzura del clima, la fertilidad del suelo y de las minas que parecían inagotables, siendo las principales las de Iliya y de Sisapo (Almadén).

La influencia romana alcanzaba aún á los belicosos celtíberos, pero más lentamente, como quiera que no tenían grandes ciudades por donde pudieran propagarse en el país las nuevas ideas, y las antiguas costumbres se defendían fácilmente en sus numerosas aldeas perdidas en medio de las montañas. Eran hábiles en fabricar armas, y muy más en manejarlas; y como ahora no las podían utilizar en favor de su causa, iban á combatir bajo las águilas romanas. A espaldas de ellos, las tribus célticas entraban mal de su grado en la nueva vía. Los lusitanos, tan ávidos de guerra, fueron condenados al reposo. Augusto los conducirá de la mano á la civilización romana.

Al Norte de la Lusitania, se habían suavizado los galle-

(1) Estrabón atestigua el inmenso comercio que hacía España, en su tiempo, con Italia. Plinio (*Hist. nat.* IV, 34; III, 4) encomia su raza caballar y añade que se decía que á orillas del Tajo, el viento fecundaba á las yeguas (*Ibid.* VIII, 42). También dice que los caballos españoles eran tan veloces como los de los partos. Mejorada esta raza por la árabe, originó la inglesa en el siglo XIV.

gos desde muy temprano con sus relaciones de comercio con los cartagineses, que iban á buscar entre ellos el producto de su pesca y del oro que recogían casi á flor de tierra. Sin embargo, al ver al campesino de las orillas del Miño, empuñando con una mano la esteva del arado y con otra el venablo, se reconocía desde luego la belicosa raza de que había salido.

Los vascones también, situados en una de las grandes vías de España á la Galia, mezclaban el comercio y la guerra. Algunas medallas fenicias encontradas en su territorio muestran que los infatigables navegantes de Tiro y de Gades habían descubierto y explotado sus minas. Pero en la costa estrecha y peligrosa del golfo de Gascuña, en las ásperas montañas de Vizcaya, dos pueblos habían rechazado hasta ahora el yugo bajo el cual humillara la cerviz España entera, y eran los cántabros, que mataban á sus ancianos, cuando no podían ya blandir la espada, y los astures, que se pintaban el rostro como los indios modernos para hacerse más terribles y no usaban más vestido que las pieles de los animales bravos que mataban. Si caían prisioneros, jamás se resignaban á la servidumbre; crucificados cantaban en su agonía cantos de libertad, y sus mujeres degollaban á sus hijos para librarlos de la esclavitud.

Durante mucho tiempo había sido España para los magistrados romanos una mina que explotar. Sus ávidos pretores mantenían, sin embargo, un orden de que se aprovechaba el comercio y algunos de ellos hubieron de honrarse con útiles trabajos. Hemos hablado de las fundaciones de Escipión (*Itálica*), de Marcelo (*Corduba*), de Sempronio Graco (*Gracchuris*), de Bruto (*Valentia*) y de Pompeyo, que había prodigado en España el *ius civitatis*. A la embocadura del Betis un Cepión hubo de edificar, por el modelo del faro de Alejandría, una admirable obra para indicar la entrada del río, que los navíos podían remontar hasta 1,200 estadios, entre dos orillas cubiertas de populosas ciudades.

César, cuya gloria aceptó España, después de haber combatido dos veces su fortuna, había reunido otras dos veces en torno de sí á todos los diputados de la península, establecido una administración regular y recompensado á las ciudades y á los particulares por su adhesión á su causa, es decir que multiplicó entre unas y otros los títulos de municipios ó de colonias, y la ciudadanía, el anillo de oro del orden ecuestre y la laticlavia senatorial. Muchas ciudades tomaron su nombre, y Cádiz que tenía la pretensión de conservar en su templo los huesos de Hércules; Cádiz, la más rica de las ciudades provinciales, pues no contaba menos de quinientos caballeros, obtuvo para todos sus habitantes los privilegios tan preciados de los ciudadanos romanos. Un gaditano, C. Balbo, llegó poco después al consulado: era el primero de los provinciales á quien cupo este honor y el primero también que hubiera subido al Capitolio con la púrpura triunfal. Otros se atrevían á escribir en la lengua de sus señores, y Córdoba había creado ya toda una familia de poetas, cuyos versos llegaban hasta Roma, con enojo de Marco Tulio, que protestaba contra aquella invasión provincial.

Por sus poblaciones del Sur y del Este, España entraba pues rápidamente en la civilización romana y en la unidad imperial: Augusto regularizará este movimiento y lo extenderá al centro y al Norte de la península, que se resistían aún á esta influencia.

Después de la batalla de Munda, Sexto Pompeyo, oculto en las montañas, hubo de vivir algún tiempo del bandidismo; después habiéndose aumentado el número de su gente, tomó á la descubierta su nombre y batió á doscientos de César. Su amnistía, propuesta por Antonio,